

«Hay hombres que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles» (B. Brecht). Luis García Ballester, un historiador ejemplar

ROSA BALLESTER AÑÓN (*)

BIBLID [0211-9536(2002) 22; 477-480]

La cercanía de muchos de nosotros a Luis García Ballester, hace difícil todavía hoy, cumplido ya el año de su despedida, que no aflore un profundo sentimiento de tristeza, por lo prematuro de su muerte y por la pérdida del amigo. Es imposible hacerlo de manera impersonal.

Jon Sobrino, el conocido jesuita viejo luchador por los derechos humanos, decía hace muy poco, refiriéndose a las situaciones cotidianas de pobreza e injusticia en el Tercer Mundo, que frente a actitudes cómodas y no comprometidas, hay que dejarse golpear por la compasión. Por encima, o junto a la trayectoria profesional y el significado de la obra de Luis, tan bien analizada por los colegas que en estas mismas páginas de la revista se han acercado a la misma, no quiero dejar pasar su actitud cívica honesta y crítica desde siempre. Una anécdota personal: siendo estudiante de medicina en la Universitat de València, en la década de los sesenta, participé como tantos otros de mis compañeros, en una manifestación antifranquista, el día de las fuerzas armadas, creo recordar en la avenida de Blasco Ibáñez, junto a las Facultades. A los pocos metros de la manifestación, absolutamente pacífica, la autoridad

(*) Catedrática de Historia de la Medicina. Universidad Miguel Hernández. Apdo. Correos 18. 03550 San Juan-Alicante. E.mail: rosa.ballester@umh.es

correspondiente envió policías a caballo (los temidos y temibles «grises») para reprimirla. Con una buena dosis de miedo en el cuerpo, corrimos para intentar refugiarnos dentro del recinto del Hospital Clínico, pero estaba claro que nuestras piernas no podían competir con las de los policías a caballo. Entonces —lo recuerdo de forma muy vívida— apareció un hombre joven, vestido de militar, que se encaró a la policía recriminándoles su actitud. Nos dejaron tranquilos, las órdenes de un superior, un alférez, eran las órdenes, y se fueron al cabo de un rato. De esta forma tan particular conocí a Luis y sólo más tarde supe que el motivo de ir uniformado se debía a que estando realizando las milicias universitarias, ese día de fiesta tenía que ir con vestimenta militar. En cuarto de medicina, cursé Historia de la Medicina y no pude resistirme —como un buen puñado de estudiantes— al entusiasmo, el sentido crítico y la lucidez que dos jóvenes profesores, José María López Piñero y Luis García Ballester, supieron despertar en nosotros. Fundamentalmente todo aquello que llevábamos estudiado en los años anteriores y lo que todavía no habíamos visto, adquiriría sentido. No es ninguna exageración decir que su influencia fue decisiva para acabar dedicándome profesionalmente a este campo, frente a los otros caminos, la cardiología, la pediatría, hacia los que inicialmente me inclinaba. Cuando Luis fue a la Universidad de Granada, abriendo nuevos caminos a la disciplina, yo estuve a punto de marchar con él, aunque finalmente quedé en Valencia por unos años. López Piñero en una entrañable reseña (*Dynamis*, 2001, 21, 437-446) ha explicado muy bien, como sólo él lo podría hacer, cómo fueron esos años de presencia de Luis en Valencia. Leyéndolo, están muy claramente definidas allí las líneas maestras de lo que ha sido su riquísima trayectoria profesional posterior. Tras Valencia y Granada, viviría en Santander y en Barcelona, aparte de sus muy numerosas estancias en archivos, bibliotecas e instituciones en varios lugares del extranjero. La suya fue una vida plena, desbordada a menudo por la intensidad del trabajo intelectual. De él aprendíamos no sólo Historia de la Medicina sino algo todavía más importante, el valor de la coherencia.

Fundador de la revista *Dynamis* hace veintidós años, allí están contenidos algunos de sus trabajos. El último en la revista, dentro del monográfico dedicado al aprendizaje de la medicina dentro del mundo medieval, avanza resultados de su última monografía que acaba de publicarse muy

recientemente, *La búsqueda de la salud: sanadores y enfermos en la Corona de Castilla (siglos XIII al XVI)*, publicada por la editorial Península. López Piñero, en estas mismas páginas de *Dynamis* dice de Luis que fue «el Sudhoff del último cuarto del siglo XX», cuando se refiere a la que posiblemente ha sido su aventura editorial más importante, la edición desde 1975, de las obras médicas completas de Arnau de Vilanova, y comenta cómo se entregó a dicho proyecto con su habitual apasionamiento, un rasgo que le identificaba, recorriendo toda Europa a la búsqueda de manuscritos arnaldianos. Sus cartas personales, casi de la longitud de un artículo, eran igualmente minuciosas, detalladas y precisas. Cualquier pista que en ellas pudiera dar, era importante seguirla en la investigación. Estoy totalmente de acuerdo con esta apreciación. De él puede decirse que era capaz de gobernar la complejidad con inteligencia. Era, por así decirlo, incapaz de abordar cualquier trabajo de forma superficial. Pero su estilo, pese a la minuciosidad de sus notas a pie de página, de no dejar cabos sueltos, de profundizar, era muy atractivo, porque para él la historia era, a la vez, su gran pasión y su forma de comprender el mundo.

No quedaría completa la faceta profesional de Luis si nos olvidáramos de sus acercamientos a la medicina contemporánea, mucho más limitados en número si los comparamos con los que consagró al mundo antiguo y al medieval, pero no menos interesantes. Destacaré dos de ellos: la monografía *Enfermedad y sociedad en la España del siglo XIX* (Madrid, 1969) junto a López Piñero y Pilar Faus, y la consagrada a la Casa de Salud Valdecilla, escrita en colaboración con Fernando Salmón y Jon Arrizabalaga. El capítulo de Luis en la monografía trataba sobre el testimonio de la sociedad española en el siglo XIX acerca del médico y su actividad. Posiblemente fue el único estudio de Luis hecho sobre fuentes literarias: Galdós, Palacio Valdés, Pardo Bazán, la literatura costumbrista. Tiene interés observar el tránsito, en la obra de García Ballester, del tratamiento dado a los sanadores más o menos marginales que aquí aparecen analizados bajo el epígrafe de «ayudantes del médico», a la visión mucho más madura y matizada de los trabajos sobre ocupaciones sanitarias y minorías marginales en sus magníficos estudios posteriores sobre la medicina bajomedieval. Aquí ocupaciones y profesiones sanitarias están al mismo nivel, el de los recursos humanos a los que recurría la población para resolver sus problemas de salud. No sólo

no se trata a las minorías de forma secundaria, sino que, por el contrario, estos personajes son, de hecho, los grandes protagonistas.

Por su parte, el estudio de la institución hospitalaria santanderina, es un excelente ejemplo de análisis historiográfico institucional, centrado en un proyecto, frustrado en parte, de introducción en España del modelo de hospital contemporáneo diseñado en los años veinte con su cuádruple función de asistencia, docencia, investigación y acción social. La reflexión histórica que, explícitamente intenta arrojar luz sobre situaciones actuales, fue siempre una preocupación de Luis, interesado en todo momento por acercar la historia al mundo de la medicina práctica. La desidia que ha conducido a la pérdida de gran parte del patrimonio médico-sanitario documental contemporáneo en España, fue otra de sus inquietudes: la difícil labor de recuperación de nuestra inmediata tradición médica y social limita —dice Luis en el prólogo de *La Casa de Salud Valdecilla. Origen y antecedentes* (Santander, 1990)— nuestra capacidad de análisis de la situación actual y de nuestro futuro. La dedicación del libro a los estudiantes de medicina y compañeros de la Facultad de Medicina y Hospital «Marqués de Valdecilla», avala también este interés. En mi última conversación con él me incitaba a no dejar nunca de tener en el horizonte esta función nuestra de incitación a la reflexión en los estudiantes de medicina utilizando la historia como herramienta y me recomendaba el trabajar con ellos con obras literarias y con fuentes fílmicas («Las normas de la Casa de la Sidra», me dijo, deberían verla los estudiantes de medicina y seguro que la discusión posterior sobre la misma, con el análisis de los razonamientos del doctor Larch y de Homer no les dejará indiferentes).

Sirvan pues estas breves palabras como un pequeño homenaje a este ser humano ejemplar en tantos sentidos.